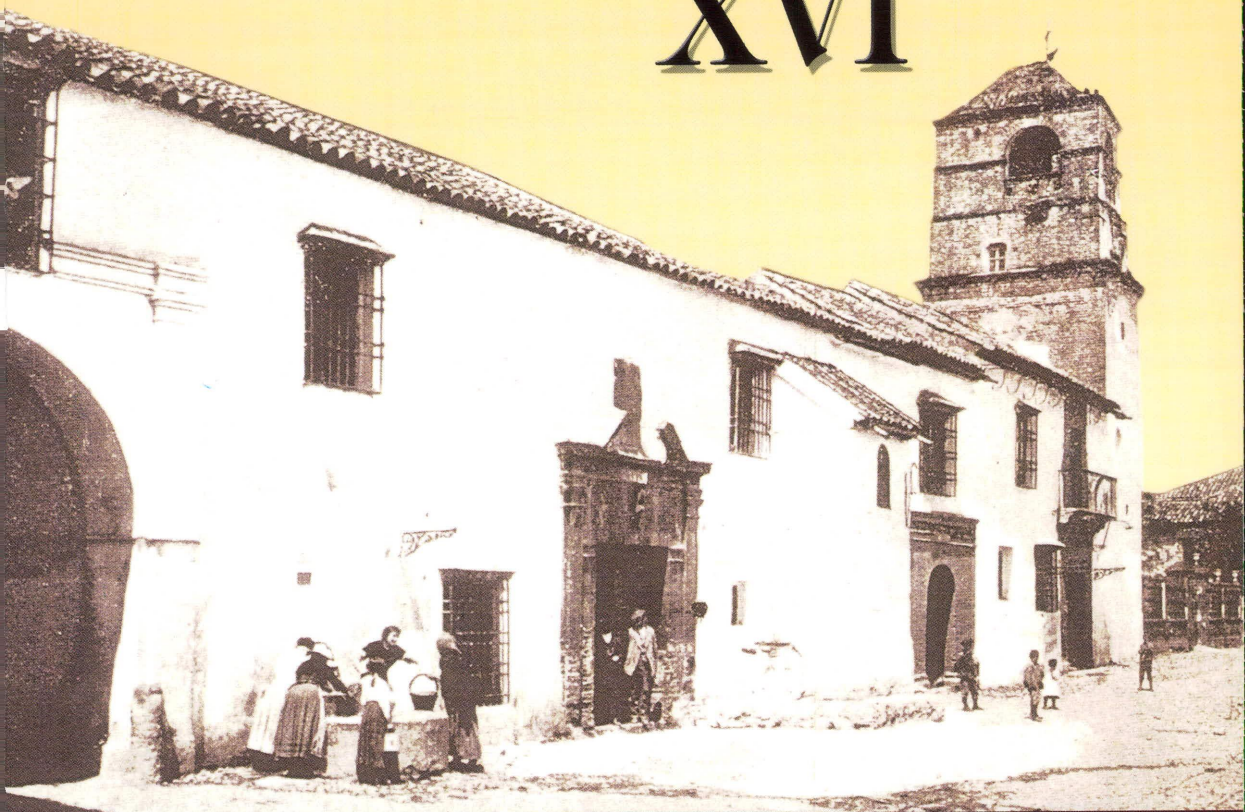


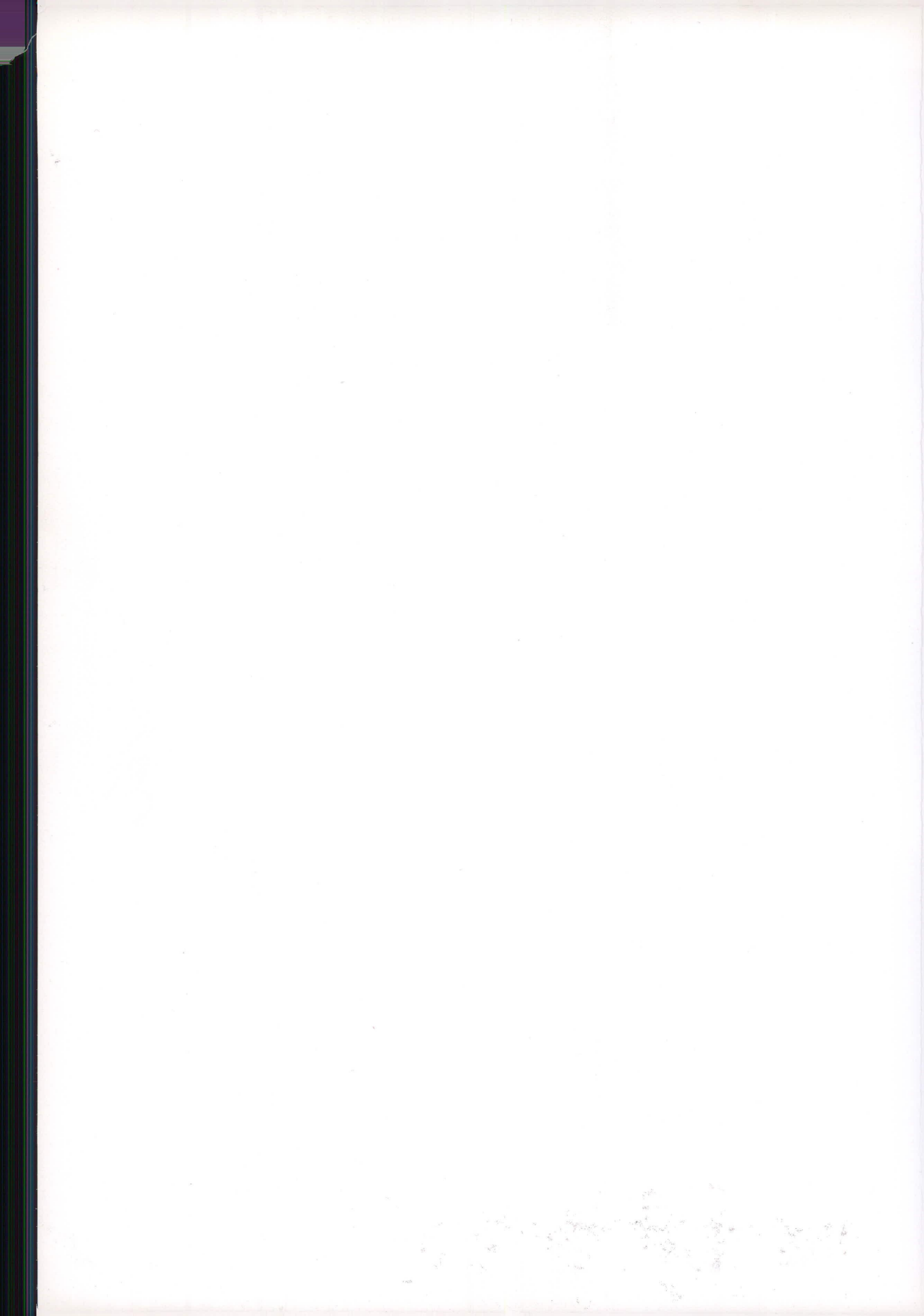
de **Crónica**
Córdoba
y sus Pueblos

XVI



Córdoba, 2009

Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales



Crónica
de Córdoba
y sus Pueblos

XVI

Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Servicio de Publicaciones de la Diputación de Córdoba

Córdoba, 2009



Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Crónica de Córdoba y sus Pueblos, XVI

Consejo de Redacción

Coordinadores

Juan Gregorio Nevado Calero
Fernando Leiva Briones

Vocales

Manuel García Hurtado
Miguel Forcada Serrano
José Manuel Domínguez Pozo
Antonio Alcaide García

Edita: Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales
Foto Portada: Fachada del Ayuntamiento de Villafranca de Córdoba
I.S.B.N.: -13: 978-84-613-6617-0
Imprime: IMPRENTA MADBER, S.L.
Pintor Arbasia, 14 Local
Telf. 957 27 72 80
14006 CÓRDOBA
Depósito Legal: CO - 1.444 - 2009

Iznájar en *Los hombres de hierro* (1927), una novela corta de Cristóbal de Castro

Antonio Cruz Casado
Cronista Oficial de Iznájar

A don Ángel Aroca,
maestro de cronistas y buen amigo

El escritor iznajeño Cristóbal de Castro (Iznájar, 1874 – Madrid, 1953) recurre en muchas de sus obras a ambientes, personajes y expresiones de su pueblo natal. Esto sucede sobre todo en las narraciones de rasgos costumbristas, quizás las más populares del escritor y seguramente las más conseguidas. De esta forma, Iznájar y su contorno geográfico figura como referente en la tardía *Mariquilla, barre, barre* (1939), escrita en homenaje y exaltación del nuevo régimen franquista, pero también en *Clavellina* (1927)¹ y en varias obras más. Esta misma ambientación iznajeña se advierte, con más fuerza si cabe, en la novela de su hermano² Luis de Castro, *El amo. Novela de la vida andaluza*, en la que se mezcla la intención social con un acentuado fondo costumbrista.

Es lo que sucede también en *Los hombres de hierro* (1927), que se publicó por primera vez en la fecha indicada³, en la colección *La Novela Mundial*, que dirigía José García Mercadal, y volvió a incluirse⁴ en el volumen *La novela corta* (1952), amplia

- 1 Cfr. al respecto, la introducción y la edición a dos novelas de Cristóbal de Castro, *La bonita y la fea. Clavellina. Novelas costumbristas andaluzas*, ed. Manuel Galeote y Antonio Cruz Casado, Iznájar, Biblioteca Cristóbal de Castro, 2007.
- 2 Editamos el texto hace algún tiempo: Luis de Castro, *El amo. Novela de la vida andaluza*, ed. Manuel Galeote y Antonio Cruz Casado, Iznájar, Ilmo. Ayuntamiento de Iznájar/Diputación Provincial de Córdoba, 1999, con algún estudio adicional: “*El amo. Novela de la vida andaluza* (1922), de Luis de Castro, en el contexto de la novela social española”, en Ángel Aroca, coord., *Primeras jornadas de la Real Academia de Córdoba sobre Iznájar*, Iznájar, Excmo. Ayuntamiento / Real Academia de Córdoba, 1999, pp. 71-77.
- 3 Cristóbal de Castro, *Los hombres de hierro*, Madrid, *La Novela Mundial*, núm. 91, 8 de diciembre de 1927. Las referencias a esta novela se hacen por esta primera edición.
- 4 Cristóbal de Castro, *Los hombres de hierro*, en Federico Carlos Sáinz de Robles, ed., *La novela corta española. Promoción de “El cuento semanal” (1901-1920)*, Madrid, Aguilar, 1959, pp. 411-427.

antología de la narrativa breve de principios del siglo XX preparada por uno de sus mejores conocedores, Federico Carlos Sáinz de Robles, prestigioso cronista de Madrid.

Para esa fecha relevante de la literatura española, que ha dado origen a un conocido grupo poético, el del 27, el iznajeño se encontraba en un buen momento de su fama y de su proyección literaria; en torno a esos años finales del primer tercio del XX, se estaba reivindicando, como se sabe, la memoria de don Luis de Góngora, acontecimiento al que Cristóbal de Castro no fue ajeno, aunque tanto las actividades periodísticas⁵ de este cordobés como las que llevó a cabo la Real Academia de Córdoba fueron olvidadas en la práctica por las que realizaron un grupo muy relevante de poetas españoles, en Madrid y Sevilla, y de las que quedaron, junto a diversas ediciones y antologías gongorinas, una conocida foto que figurará luego en todos los manuales de literatura.

Castro por entonces es un crítico literario especialmente respetado, sobre todo en el ámbito teatral, y su nombre y su aportación figuran en casi todas las colecciones de novela corta que se publican en la capital en las décadas iniciales de la centuria indicada, junto a los grandes escritores que luego han pasado a la posteridad. De esta forma, en la colección citada de *La Novela Mundial*, que iba por entonces por el número 91, están representados (y citados al final como reclamo publicitario), autores como Pío Baroja, con tres obras, *La casa del crimen*, relato que inauguró la colección, en 1926, junto con *El horroroso crimen de Peñaranda del Campo* y *La dama de Urtubi*, y Ramón del Valle-Inclán, que incluyó en la colección dos de sus esperpentos, *El terno del difunto* y *La hija del capitán*, una obra teatral breve, *Ligazón*, y un fragmento de la serie *El ruedo ibérico*, el titulado *Ecos de Asmodeo*, proyecto narrativo que estaba escribiendo por entonces; la presencia de estos autores y otros menos conocidos en la actualidad, pero también muy relevantes en su momento (Manuel Bueno, Alberto Insúa, Rafael López de Haro, Emilio Carrere, etc.), quizás haya que relacionarla con el interés crematístico que producían este tipo de colecciones, que el público de la época solía consumir semanalmente, al módico precio de 30 céntimos, en el caso del texto que nos ocupa.

Tal como se señala en el volumen primero de la colección, el ya citado *La casa del crimen*, de Baroja, el editor ha seleccionado una serie de escritores representativos de su momento para enriquecer su proyecto, en el que figurarán “los grandes escritores de España”⁶, junto con figuras cualificadas de la literatura extranjera, y cuyos límites,

5 Sobre el tema, cfr. nuestro estudio, “La prensa cordobesa en la celebración del centenario de Góngora (1927)”, *Pasos de un peregrino. Estudios sobre Don Luis de Góngora y su influencia*, Rute, Ánfora Nova, 2009, pp. 61-87.

6 Apud “La Novela Mundial”, en Pío Baroja, *La casa del crimen*, *La Novela Mundial*, núm. 1, 18 de marzo de 1926, p. 3.

según indica, serán los que impone “el buen gusto”, por lo que, añade, sus páginas “estarán siempre cerradas a la pornografía”⁷, contra la que se había desatado una especie de cruzada moral en estos años felices años veinte⁸; no obstante, transigía un tanto el director de la colección, al señalar que “dentro de una concepción artística, no habrán de asustarnos los atrevimientos que vengan plasmados en formas serenas de belleza, expresadas sin torpes complacencias”⁹.

En consecuencia, la obra de Castro y otras que hemos visto de esta misma serie periódica, ofrecen historias de tintes dramáticos, sentimentales con frecuencia, a veces con ciertos toques de humor, pero sin afectar a las que se consideraban buenas costumbres morales en el momento.

La trama narrativa se inicia en un momento en que la acción se presenta un tanto avanzada, algo parecido a lo que los clásicos llamaban el recurso *in medias res*, es decir, han sucedido ya cosas relevantes cuando el relato comienza y el lector las va conociendo conforme algunos personajes comentan determinados sucesos o hablan entre ellos, en una técnica narrativa que recuerda un poco, aunque de manera rudimentaria, a la llamada técnica del *flash back*, tan utilizada habitualmente en el cine.

En el principio de *Los hombres de hierro*, el ama Antoñica recibe la visita inesperada del aperador, del encargado de vigilar las faenas del campo y de contratar a los trabajadores, amén de otras tareas anejas a su función. Peturdes, que así se llama el aperador, va a ser sustituido en el favor del dueño de la casa, don Miguel, por el propio hijo del amo, llamado Felipe, un muchacho tierno y poco avezado en el trato directo con las faenas campesinas y con los peones agrícolas. Sabemos en la conversación que ese niño, al que se le llama a veces “el niño finolis”, va a entrar en quintas. Y este hecho se constituirá en un elemento esencial de la trama del relato, porque el joven es destinado a África, en un momento en el que las posesiones españolas andan bastante revueltas, por lo que el peligro que correrá es notorio. Así que el amo de las tierras, don Miguel, y Antoñica, el ama de cría del muchacho, lo llevan con grandes penas a la estación de Loja, desde donde el quinto se marchará a Melilla.

Al regreso encuentran a un pobre hombre que pide limosna y que resulta ser un soldado que ha guerreado en las posesiones españolas del vecino continente, al que han licenciado por viejo e inútil. Parte del texto se dedica entonces a describir el compás de espera que estos dos personajes protagonistas (don Miguel y Antoñica) mantienen,

7 Ibid.

8 Vid., al respecto, nuestros estudios: “El Caballero Audaz” entre el erotismo y la pornografía”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, n° 463, Madrid, 1989, pp. 97-112, y “La homosexualidad en algunas narraciones españolas de principios de siglo (1900-1930)”, en *El Bosque*, 10-11, enero-agosto, 1995, pp. 187-199.

9 Apud “La Novela Mundial”, en Pío Baroja, *La casa del crimen*, La Novela Mundial, op. cit., p. 3.

inquiriendo siempre noticias del soldado ausente, nuevas que finalmente les llegan por medio de un telegrama en el que se habla de un ataque de los moros, de numerosas pérdidas de soldados españoles, aunque en la lista que acompaña a la noticia no figura Felipe entre las bajas. Y he aquí que el padre, preocupado, marcha a la ciudad de Melilla con la esperanza de que su hijo esté prisionero y pueda rescatarlo. Y es ésta la obsesión del personaje a partir de entonces, por lo que incluso pagará un abundante rescate por recuperar al hijo perdido, sobre el que obtiene algunas noticias positivas acerca de su supervivencia, aunque en realidad parecen poco consistentes. Finalmente comprobamos que el muchacho que se presenta a la llamada del angustiado padre no es el hijo buscado, sino otro prisionero, un muchacho con cierto parecido, el cual, viendo que nadie acudía a la llamada del soldado ausente en la lista, ocupó momentáneamente su lugar con la esperanza de volver al país natal. El dolor del padre es tan grande, a pesar de su fortaleza de ánimo que ha demostrado a lo largo del relato, cuestión a la que también alude el título¹⁰, *Los hombres de hierro*, que acaba finalmente enloqueciendo y tiene que ser recluido en un manicomio donde recibe y lee imaginarias cartas de su hijo, que resultan ser en realidad papeles en blanco a los que sólo su imaginación puebla de letras y de noticias venturosas.

Aun cuando no se mencione nunca el lugar en que sucede la acción, encontramos en el texto diversos indicios que nos confirman que el sitio en que Cristóbal de Castro ha situado la trama es su propio pueblo, Iznájar. Estos indicios se advierten también en otras novelas, como sucede en *Mariquilla barre barre*, donde incluso se describe geográfica e históricamente el mismo pueblo, aunque sin nombrarlo. He aquí la evocación del lugar en la conocida novela de 1939, en la que se falsean radicalmente los episodios de la guerra civil, como estudiamos hace tiempo en otro lugar¹¹: “El pueblo es un nido de águilas. Asentado sobre unas peñas, cortadas a pico, sus calles dan a tajos imponentes, que lo ciñen por todas partes menos por la ladera del Calvario, cuyo caserío desciende, serpenteando, hasta los ruedos, sonoros por cánticos de norias.

El castillo, que fundara Roma y albergara a Trajano, en sus excursiones por la Bética, fue, sucesivamente, palacio de los régulos godos, de Lucena, alcázar de los emires de Loja, fortaleza de los condes de Cabra. Atalaya de guerras de once siglos, blanco de la saeta, del falconete y del cañón, habla por sus rotas almenas como el héroe del Romancero “por la boca de la herida”. Valorado por su topografía militar, codiciado por su opulencia en tierras y rebaños, encendió las disputas de los hombres y las hogueras de la Historia.

10 También en alguna ocasión se indica en el texto: “Los hombres han de ser de hierro”, frase de don Miguel refiriéndose a su hijo, apud Cristóbal de Castro, *Los hombres de hierro*, op. cit., p. 11.

11 Antonio Cruz Casado, “La Guerra Civil en Iznájar: versión novelesca de Cristóbal de Castro”, en *Temas de Iznájar*, Córdoba, Ilmo. Ayuntamiento de Iznájar-Excma. Diputación Provincial, 1991, págs. 67-83.

Después, las guerras de la Independencia, con los franceses; las guerras civiles, con liberales y carlistas... Los alzamientos revolucionarios de republicanos, anarquistas y comunistas, nos lo ofrecen, ya en nuestros días, mostrando sus torres desmochadas y sus almenas derruidas en la cima ingente, como esas desgarradas, pero inabastadas banderas, que por los agujeros de los siglos muestran los cielos del honor... ”¹².

Algunos de los elementos indicados en el texto pertenecen más bien a la fantasía del autor, no son hechos históricos probados, sino que se encuentran en los límites de lo probable.

En la novela de 1927 que analizamos, los indicios que nos permiten afirmar una ubicación iznajeña del relato pueden ser de varios tipos; unos se refieren a la forma de expresión de los personajes, que refleja de forma más o menos adecuada y simplificada usos lingüísticos frecuentes en esta zona de la Subbética, aunque no sean específicos solamente de un lugar determinado; otros se perciben en variadas referencias internas de topónimos y lugares comarcanos, como la estación de Loja, distante tres leguas del pueblo, o la invocación frecuente a la Virgen de la Piedad, que es la patrona de Iznájar, sobre todo en boca de la llorosa Antoñica, a lo que hay que añadir menciones de romances de la tradición oral, como el de *La molinera y el corregidor*, aquí transcrito de forma fragmentaria¹³, que nosotros hemos localizado también en la tradición folklórica del pueblo, o canciones infantiles que recordamos haber oído en nuestra infancia, como la canción dedicada al grajo¹⁴.

Quizás lo más atractivo y característico sea el habla de los personajes populares que se incluyen en la novela, como sucede con Antoñica y Peturdes, que dialogan así al comienzo de la obra:

—Llamaron a la puerta. Antoñica, vencida del sueño, se sobresaltó, revirando los ojos.

—¿Quién es?—preguntó, inquieta.

—Gente de pas—dijo una voz cavernosa, contrahecha, que remedaba meter miedo.

12 Cristóbal de Castro, *Mariquilla, barre, barre...*, Madrid, *La Novela del Sábado*, núm. 26, 11 de noviembre de 1939, p. 49.

13 Cristóbal de Castro, *Los hombres de hierro*, op. cit., pp. 12-13. Se trata de un conocido romance que todavía perdura en la tradición oral cordobesa, cfr. Alberto Alonso Fernández y Antonio Cruz Casado, *Romancero cordobés de tradición oral*, Córdoba, Librería Séneca Ediciones, 2003, p. 115 y ss. Nosotros lo hemos documentado en la zona de Iznájar, concretamente en El Higueral de Iznájar, hacia 1975, siendo la informante mi comadre María Ruiz Matas, por entonces de unos 72 años, ya fallecida en la actualidad.

14 Cristóbal de Castro, *Los hombres de hierro*, op. cit., p. 21: “Grajo, grajo volandero, / que tu padre está en el cielo / y tu madre en Alcalá, / y escribe en su carta / que pronto vendrá... / ¡Gra!”.

—Aelante con los faroles, Peturdes, que te he conosío.

Irrumpió en la cocina cortijera—mal alumbrada por un candil—un hombre, sacudiéndose el capote empapado.

—¡Vaya temporal!... De forma, que me ha conosío osté... Pos no sé cómo, habiendo disfrasao la voz... ¡Señores, qué diluvio!

—Pos por eso; porque la isfrasas mal... Tan güeno cantaor que eres y tan remal como la isfrasas... ¿Llueve mucho?

—Como cuando el arca e Noé... Miosté cómo traigo el capote.

—¡Jesús! Si paese echao en lejía... Anda, arrímate a la candela y echa unas aulagas, que se anime esto.

Peturdes, cuarentón y regordete, con una gran verruga en la ceja, arrojó al llar un brazado de aulagas. Las llamas, elevándose, lamían la campana, donde relucían los cobres. En dos jaulas, cubiertas con sayuelas verdes, se rebulleron las perdices.

—Sabos té a lo que vengo, Antoñica? No se lo pué osté ni figurar. Es que ni figurar.

—Vendrás a lo e siempre. Por el dinero de los peones, y por el arregosto de una copita de rosolis. Güeno, quien dise una, dise tres. ¿No erdá?

—Pos no jeñora. El dinero de los peones—y otras cosas que no son el dinero de los peones— pasan, ende mañana, a poer ¿de quién dirás té?

Para intrigarla más, hizo una pausa aparatosa. Tirando de petaca, sacó del librillo de fumar un papel, que se colocó entre los labios. Luego, llenando de tabaco la mano, comenzó orondamente a despallillar, repitiendo:

—A poer ¿de quién dirás té?

Antoñica, yendo hacia la alacena, para sacar el rosoli, bromeó:

—¡Peturdes, Peturdes! Que eres mu esonrrible. ¿Quedrás jaseme creer que tan espedío?

—Espedío, no. Pero cuasi, cuasi. La custión es que, ende mañana, se encarga de tó este laberinto... el Niño Jelipe.

—¿Qué dises? ¿Que mi Niño se encarga de tó?

—Su Niño dos té, sí jeñora.

¡Dios mío!... ¡Su Felipe, al frente de la labor! ... ¿Era posible? Pero, señor... ¡Una criatura!

—Creatura u no creatura, se encarga. Ende mañana mesmo; eso es. ¿Le paese as té esta salía de bolero? Ocho años -y sinco meses, día por día, yevo de apearoar en la casa. Ocho años y sinco meses, Antoñica. Que se dise pronto...

—Que sí, hombre, que sí.

—Yo, bregar con los jornaleros. Yo, meter en sintura a los cagarraches. Yo, dar la cara en las enunsias. Yo, ¡por vía la mar salá!

—Que sí, hombre, que sí. Ende luego.

Mostrando las manazas peludas, por el haz y el revés, como en una revista de escuela, plantado enfrente de Antoñica, gritaba:

—¿Vos té estas manos? Aquí ande osté las ve, por eyas han pasao muchos miles de duros. Pos no se han queao ni con una perriya. He podío ser rico y soy probe, Antoñica de mi arma.

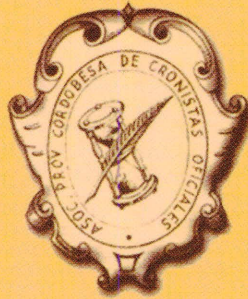
—Que sí, hombre, que sí. ¿No oyes que sí? Masiao sabe té el mundo quien eres. Y lo que trabajas. Y lo que súas. Eso, pués estar escuidiao. Ande haiga hombres desentes, ayí estás tú. Pero ¿es que don Miguel ta dicho que estás emás en la casa? Me se jase mu cuesta arriba, Peturdes.

—Pos ahí está. Que no me voy; que me queo. ¿Vos té? ¿Vos té, si lo sabía yo? ¡Conoseré yo a don Miguel! Pero ¿cómo me queo? De plato de segunda mesa. Pa eso me queo; pa las sobras. Pa cuando el Niño se la antoje. ¿Le paese asté? Lo que yo digo; ¿y la dirniá? ¿Se pué vivir sin dirniá?” (pp. 5-7).

El fragmento merecería un comentario dialectológico demorado en el que no vamos a entrar en esta ocasión, sobre todo teniendo en cuenta que estudiosos mucho más cualificados en este ámbito, como don Manuel Galeote¹⁵, pudieran hacerlo, aun cuando muchos de esos rasgos lingüísticos nos son sobradamente familiares a los habitantes de la zona, elementos oídos de boca de personas mayores en el ámbito rural de esta zona.

Nuestra conclusión apunta, por la tanto, al recuerdo que el escritor tiene de su pueblo natal, recuerdo y evocación que traslada al lector por medio de topónimos y rasgos específicos de la idiosincrasia de los iznajeños, a lo que se añade un elemento que a nosotros nos parece prácticamente dirimente: el habla familiar de algunos de nuestros convecinos, habla andaluza que el escritor conoció de primera mano en su infancia y juventud y que luego recupera en sus textos para dar más verosimilitud, más notas de color local, a su relato.

15 Entre los múltiples trabajos del profesor Galeote, cfr., por ejemplo, “Recreación del habla andaluza y periodización en la prosa de Cristóbal de Castro”, en Manuel Galeote, ed., *Oralidad y escritura en andaluz*, Iznájar, Letras de la Subbética, 1998, pp. 63-92.



**Asociación Provincial Cordobesa
de Cronistas Oficiales**



FUNDACIÓN
CajaSur



**Diputación
de Córdoba**